

repujado, que en su pecho encerraba las sagradas Formas. Como en la leyenda del Grial, esta paloma hierática simbolizaba al Espíritu Santo. Faltaba en las basílicas el lujo de ornamentación interior que las catedrales trajeron consigo. En las iglesias de estilo románico ya hubo detalles artísticos; pero es en la catedral gótica donde verdaderamente la purpúrea rosa del amor y del martirio cristiano da sus flores y con ellas decora y llena las maravillosas columnatas y las capillas de ensueño.

En la catedral es donde, rebosante, el sentimiento religioso se hace estética y poesía. De esa hermosura sublime todos somos partícipes, y por eso las catedrales, radiquen dondequiera, nos parecen cosa propia. Nuestra Señora de París nos pertenece lo mismo que la catedral de Burgos o de Toledo. Nuestra Señora de París inspiró el romanticismo arquitectónico y el lírico; y, remembranza que en estos momentos es triste irónicamente, este renacimiento romántico y cristiano lo impulsaron las teorías y los estudios de ilustres alemanes, en primer término los Schlegel...

\* \*

### LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No hablemos, por esta vez, de la guerra. Hablemos de una de sus víctimas: la catedral de Reims.

La humanidad, en ocasiones, da muestras de espiritualismo, de aquel instinto estético que ya reveló en las cavernas o paraderos de las edades primitivas, al esculpir y pintar figuras llenas de espontaneidad, que delatan profunda observación de la naturaleza. Y la humanidad civilizada, en estos días trágicos, ha manifestado la fuerza invencible de estos instintos superiores, al deplorar de un modo especial, al protestar particularmente, de la destrucción de una obra de arte, de una de las cristalizaciones divinas del sentimiento humano.

Entre tantas y tantas calamidades como están lloviendo sobre Europa, entre los montones ingentes de cadáveres, los trenes cargados de muertos como si fuesen una mercancía, los campos encharcados de sangre, las cosechas perdidas, los negocios en quiebra; lo que más ha preocupado a la opinión, lo que ha hecho exhalar un ¡ay! unánime de dolor y de espanto, es el espectáculo del fin de algo insensible, de un montón de piedras... ¡de una catedral gótica!

\* \*

Pero ¿sabéis lo que es una catedral gótica? ¿La suma de alma que en ella circula, animando las viejas filigranas con un soplo misterioso, del otro mundo? Pensad que, de las mismas civilizaciones caducadas y desaparecidas, de los pueblos y las razas que tuvieron historia y no la tienen ya, lo que queda, lo que persiste conservando su recuerdo, es algún edificio en que se resume su significación toda, y se concreta su ideal. Tebas y Micenas; Palemke y los viejos santuarios ocultos ya por la vegetación salvaje en Yucatán; Persépolis y Troya — resisten y persisten por monumentos semiderruidos, pero que desafían al tiempo devorador. Y de esta significación del edificio, que encierra la de un pueblo en los momentos más intensos de su vida, son ejemplares espléndidos las catedrales. Se derivan de las antiguas basílicas anteriores al Cristianismo; de ellas tomaron la nave central y las laterales, divididas por columnatas, y la tribuna al fondo, que luego se convirtió en presbiterio, como la pagana *cella* en tabernáculo. Pero ¡cuán distinto el objeto de ambos edificios! La antigua basílica era una dependencia del gran mercado; allí se verificaban las transacciones comerciales, se dirimían los litigios, los jueces juzgaban, los abogados daban consulta. Y cuando la nueva religión pudo salir de las Catacumbas y extenderse al sol de la libertad, no sólo imitaron los cristianos para sus primeros templos el plano de las basílicas sino que más tarde se apoderaron de ellas para convertirlas en iglesias de Cristo, adaptando admirablemente a las necesidades del culto la traza de aquellas construcciones. Así, lo que era puramente material y útil se espiritualizó, fué cosa del corazón y de la sensibilidad, refinada por los heroicos comienzos de la creencia.

\* \*

Las catedrales propiamente dichas surgen en el siglo XIII, tan fecundo, tan creador. Hasta esa época, la basílica sigue dominando. En el coro se alza el sitial del obispo; abajo, el presbiterio, donde se colocan los diáconos y presbíteros, los subalternos; enfrente, el altar, con su simbólica forma de sarcófago, y debajo la cripta, recuerdo de las Catacumbas. Encima, el santuario de cuatro columnas, del cual pendía la paloma de oro, plata, pedrería, marfil o cobre

Casi igual prestigio que Nuestra Señora revestía a la catedral de Reims, de la cual sólo resta un hacinamiento de vigas y escombros humeantes. Parecía esta catedral a otra muy hermosa, que se asienta en España, pero tiene el elegante sello francés: la de León. Ambas, delicadas y caladas como linternas, se cuajaban de innumerables estatuas, de finísimas crespiterias, de gárgolas airosas y singulares, y alzaban al cielo agujas de aérea traza. Ese pueblo de figuritas primorosas, esa rica imaginaria, yace ahora en tierra convertido en polvo, hecho añicos. ¿Qué derecho tiene Alemania a tratar de salvar a las sufragistas inglesas, que han lacerado cuadros? Ante la hermosura, el cañón apuntado debiera girar, cambiar puntería. No, no hay derecho para tanto. Y yo afirmo que le serán perdonados a Alemania los muertos y la sangre vertida, los millones expoliados, las violaciones de neutralidad; pero no la catedral de Reims. Tendrán siempre que responder del atentado cometido.

Porque han deshecho lo que no pueden rehacer; lo que no está en sus medios ni en los de nadie, devolver al tesoro de la humanidad culta. Los policromos vitrales, el pavimento antiguo, la pila bautismal donde bautizaron a Clodoveo, el soberbio órgano, los cuadros de Poussin y Ticiano, ¡no sé si los tapices!, el interesantísimo sepulcro del Cónsul; todo ha sido presa de las llamas, si se ha de creer a los relatos de la prensa... Y para que el monumento reviviese, habría que resucitar al arzobispo Alberico de Humbert, al arquitecto Roberto de Coucy, a los obreros que cancelaron las efigies; a cuantos, con disciplina de arte, ayudaron al incomparable conjunto.

\* \*

Cuarenta y dos estatuas de reyes de Francia, desde Clodoveo a Carlos VI, formaban la linda galería llamada de los Reyes, en la cima de la fachada. Al caer a tierra, mutilados, tal vez los viejos monarcas lanzasen un quejido hondo, por ellos y por Francia también... Con los reyes vinose abajo, sin duda, el Cristo que bendice, a quien llamaban el *Dios bonito* y que era una perfección. ¡Para esto restauró amorosamente la vieja catedral Viollet le Duc, el gran enamorado de lo gótico, a quien tanto debe el arte en Francia y en el resto del mundo, al proclamar la belleza de lo gótico, estilo tenido por bárbaro en los siglos académicos!

En esta iglesia y en la de San Remigio, no es decible cuántas memorias caras a la patria francesa dormían el sueño secular. Reims pertenece al número de las ciudades que subsisten por la tradición. Era gran urbe de las Galias desde el tiempo de César, de quien se declaró amiga y a quien ofreció hasta rehenes, por lo cual otras ciudades más celosas de su independencia se coligaron contra ella; pero César la socorrió y la salvó y engrandeció. Dicese que ya, en esta época galo-romana, poseía Reims magníficos monumentos, de los cuales quedan restos, nada más... ¡ya diremos por qué!

Al triunfar los francos, San Remigio, obispo de Reims, bautizó al fiero Sicambro Clodoveo en su catedral (que, naturalmente, no era la misma que acababan de arrasar los alemanes). Por primera vez, en esta ceremonia, figura la Santa Ampolla, cuyo aceite curaba los lamparones, por mano del mismo soberano de Francia. Otro obispo de Reims, asaz diferente de San Remigio, el famoso Egidio, aparece mezclado a los grandes acontecimientos de su era,

como verá quien lea a Thierry, y recuerde las aventuras espantosas de Brunequilda y Fredegunda. En el mismo bautisterio en que recibió el agua de vida Clodoveo, tuvo en sus brazos el obispo Ingomar a Carlos Martel, el martillo de los turcos; y obispo de Reims fué, a su vez, el famosísimo Turpin, cuyo nombre va unido al de los Doce Pares y Carlomagno. En Reims, durante la Edad Media, se consagraron y coronaron monarcas y reinas, algunos por la propia mano de los Papas.

\* \*

Era la consagración de Reims lo que sancionaba la soberanía, ciertamente los señores de la ciudad fueron los obispos, y en las incansables luchas entonces frecuentes entre el poder eclesiástico y los municipios, no faltó obispo apedreado, preso y desposeído, como hubo otros que fueron a la guerra al frente de sus diócesanos y caballeros en poderoso bridón. Era Reims un foco de vida eclesiástica; celebráronse allí concilios, desde el siglo V hasta el XVI. Los Papas solían presidirlos.

La ciudad, después de alternativas de próspera y contraria suerte; después de hallarse sus revoltosos burgueses reducidos a la pasividad por el incremento del poder de los monarcas que allí se ungían, vió alzarse la catedral, signo seguro de prosperidad y grandeza. Invadida Francia por los ingleses, Reims sostuvo un sitio que salvó a Francia, porque no sólo el vecindario rechazó a los sitiadores, sino que los persiguió y les tomó otras plazas conquistadas ya. El papel decisivo de Reims se confirmó a principios del siglo XV, cuando Carlos VII fué consagrado allí en presencia y por las iniciativas de Juana de Arco. Tal nombre aureolado, de santa y de heroína, simboliza a Francia en su aspecto nacional, en lo que un país tiene de propio y de íntimo, en lo mejor de su ser.

\* \*

Reims, la ciudad del triunfo de Juana de Arco y de las consagraciones, resistió con todas sus fuerzas a la Reforma, y no fué vivero de hugonotes, aunque fué liguera, sino lealmente monárquica. Su patriotismo lo demostró igualmente contra nosotros, cuando llevamos a su territorio nuestras armas, que iban, ¡ay!, a dejar de ser invencibles.

El último rey de Francia que se consagró en Reims era, si no me engaño, Luis XVI, y al colocarle la corona en la frente murmuró:

— Me hace daño.

Poco después, la Revolución arrolladora profanaba la catedral, no sólo con las fiestas grotescas de la Diosa Razón, sino con mascaradas de borrachos montados en jumentos; cosa tal vez peor que los cañones del enemigo, que destruyen, pero no afrentan.

\* \*

Los alemanes ocuparon a Reims, largo tiempo, durante la guerra franco prusiana; y no se sabe que entonces hicieran estragos, más que los inherentes al hecho mismo de la ocupación militar, que no podrían excusarse. Hoy, sabemos su hazaña, que les será mal contada en todo el mundo, pues han osado tocar al velo de la Diosa Tanit, al sagrado de la inmortal hermosura.

De cuantas depredaciones lleva consigo la fatalidad de la guerra, ésta es la más brutal. Nos censuran a nosotros porque en América destruimos los templos de los ídolos, que sin duda eran curiosos y notables, pero no bellos, al menos en las proporciones y en el tipo de la catedral de Reims. Y nosotros teníamos un fin al hacerlo, y era el siglo XVI. Estamos en el XX...

Los anales de Reims, de hoy más, pueden consignar lo siguiente:

«En el año 406, la ciudad cayó en poder de los vándalos, y después, de los hunos; fueron destruidos los monumentos de la antigüedad contemporáneos de César. En 1914 cayó en poder de los germanos, y fueron destruidos los de la Edad Media, empezando por la magnífica catedral. La historia, ha dicho Vico, es una serpiente que se muerde la cola.»

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.